

La vía chilena al socialismo 50 años después

Tomo II. Memoria

**Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos
y Viviana Canibilo Ramírez**
(compilación)

OCHOLIBROS



CLACSO

Austin Henry, Robert. *La vía chilena al socialismo: 50 años después* / Austin Henry, Robert; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; compilado por Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-722-769-7

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Salém Vasconcelos, Joana. II. Canibilo Ramírez, Viviana. III. Título.

CDD 983

La vía chilena al socialismo: 50 años después: tomo 2, memorias / Mafalda Galdames Castro... [et al.]; compilado por Robert Austin Henry ; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; prefacio de Tomás Moulian. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-771-0

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Galdames Castro, Mafalda. II. Austin Henry, Robert, comp. III. Salém Vasconcelos, Joana, comp. IV. Canibilo Ramírez, Viviana, comp. V. Moulian, Tomás, pref.

CDD 983

Diseño y diagramación: Eleonora Silva

Arte de tapa: Villy



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

La vía chilena al socialismo. 50 años después. Tomo II: Memoria (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2020).

Obra general ISBN 978-987-722-769-7

Tomo II ISBN 978-987-722-771-0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Prefacio. “Memorias” de la Unidad Popular	11
<i>Tomás Moulian</i>	
En esas horas	13
<i>Mafalda Galdames Castro</i>	
Agradecimientos	15
La vía chilena al socialismo. 50 años después.....	17
<i>Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y Viviana Canibilo Ramírez</i>	
Historia y economía	
Memorias rebeldes. El recuerdo de la Unidad Popular y Salvador Allende durante la posdictadura en Chile.....	29
<i>G. Loreto López, Caterine Galaz V. e Isabel Piper Sh.</i>	
Los límites infranqueables de la propuesta de la Unidad Popular desde las organizaciones de los trabajadores	45
<i>Héctor Vega</i>	
Cabañas a la orilla del mar. Una promesa de la Unidad Popular	61
<i>Valentina Rey Domínguez</i>	
Unidad Popular, semilla sembrada en la juventud combatiente.....	79
<i>José Miguel Carrera Carmona</i>	
La vida de un Cordón Industrial.....	89
<i>Miguel Silva</i>	

La batalla educacional

Un sueño inconcluso 117
Carmen Vargas Torres

Las Brigadas Ramona Parra.....139
Alejandro “Mono” González

Luchando por educación “para todas y todos”. La visión educacional
de la Unidad Popular y de Salvador Allende 155
Beatrice Ávalos

Encuentro con nuestra historia: los mil días y muchos más..... 175
Zabrina Pérez Allende

Políticas de cambio educativo en Chile. Allende entre Frei y Pinochet.....189
Marcela Gajardo

La reforma agraria

Sindicalismo y capacitación campesina en la Unidad Popular 207
Oscar Torres Rivera

Desafíos y contradicciones en una experiencia inconclusa.
La capacitación campesina en la Reforma Agraria
de la Unidad Popular 227
Rolando Pinto Contreras

Reforma Agraria: del relato épico a su compleja implementación
cotidiana 247
Sergio Gómez Echenique

Radicalidad agraria de la Unidad Popular.
Testimonios y relatos de mapucistas del centro sur 263
Esteban (Teo) Valenzuela Van Treek

Mujeres en lucha

Evocando la Historia.....	285
<i>Francisca Rodríguez Huerta</i>	
Mis memorias.....	305
<i>Mafalda Galdames Castro</i>	
El Ministerio que no fue.....	321
<i>Carmen Gloria Aguayo</i>	
Memorias de una mujer campesina.....	333
<i>Alicia Muñoz Toledo</i>	
Desde La Victoria a la victoria. Memoria de una militante pobladora.....	345
<i>Yolanda Álvarez</i>	
Sobre sueños, esperanza y rebeldía de la mujer pobladora y trabajadora en la Unidad Popular	353
<i>Militza Meneses López</i>	

Perspectivas desde el MAPU

Allende: de la esperanza a la tragedia	373
<i>Jaime Gazmuri Mujica</i>	
Kalki Glauser: MAPU, la Unidad Popular y la izquierda chilena: reformista y revolucionaria. El carácter de la derrota. Lecciones y autocrítica	391
<i>Carlos Méndez Contreras</i>	
El MAPU desde Lota.....	409
<i>Tito Gutiérrez Contreras</i>	
Un hombre llamado <i>Fernando</i> . Memorias irreverentes en torno a los orígenes del MAPU, la Unidad Popular y la militancia de Juan Pablo Schroeder (1968-1973)	421
<i>Nicolás Acevedo Arriaza</i>	

La crisis del MAPU. Cómo y de qué manera se divide
a un partido de izquierda..... 437
Oscar Guillermo Garretón,
en colaboración con revista Punto Final

Miradas extranjeras

Un viajero filatélico en busca de la Unidad Popular481
Graham E. L. Holton,
en colaboración con Viviana Ramírez y Robert Austin H.

No puede haber revolución sin canciones (ni sin arte,
ni educación popular, ni solidaridad internacional),
o lo que aprendí de la Unidad Popular de Chile, 1970-1973 497
Norma Stoltz Chinchilla

La visión chilena medio siglo después 515
Ronald H. Chilcote

(Diario de) una testigo accidental, 1972-1974..... 529
Joan Domicelj

Vivemos no Chile o que teríamos amado ter no Brasil, mas não pudemos.
Entrevista com Joana Salém Vasconcelos, São Paulo, agosto 2018545
Almino Affonso

Três anos de exílio no Chile ensinaram
o que é um processo revolucionário557
Zillah Branco

Memoria de la Unidad Popular de un historiador gringo.
La Revolución Chilena desde abajo573
Peter Winn

Sobre los autores, las autoras y compiladores..... 589

Três anos de exílio no Chile ensinaram o que é um processo revolucionário

Zillah Branco

Transcorrido meio século da experiência de um processo revolucionário no Chile, a memória de quem participou e vivenciou aquele momento funciona como uma lente para a compreensão do seu valor. Fundem-se as memórias com a reflexão e o amadurecimento pessoal.

No momento em que Allende foi eleito pelas forças políticas chilenas, com as suas várias tendências democráticas de origens ideológicas, religiosas e éticas que se juntaram na Unidade Popular, o Chile passou a ser uma luz para as nações latino-americanas. Naquele ano, em 1970, a América Latina sofria a perda da sua soberania sob as ditaduras apoiadas pelo imperialismo estadunidense. Cuba era o exemplo que tinha introduzido o socialismo mais perto de nós, em aliança com a União Soviética (URSS). Mas, com a Guerra Fria, as políticas anticomunistas eram impostas aos países latino-americanos, bloqueando o desenvolvimento independente das nações.

Digerindo frustrações da época

Eu saí do Brasil em 1969 por não suportar mais a repressão ditatorial que me impedia de criar meus filhos pequenos com liberdade. Buscava um lugar pacífico, no qual pudesse viver fora da clandestinidade. Encontrei as condições desejadas no Chile, onde já se encontravam amigos exilados depois do golpe militar de 1964 no Brasil.

Eu sempre me considerei comunista por seguir um casal de tios, militantes do PCB, clandestinos, nas suas atividades de distribuição de propaganda e nos encontros populares festivos. Aos 11 anos, participei da campanha eleitoral quando o PCB saiu da clandestinidade e meu tio –Catullo Branco– foi eleito deputado por São Paulo, em 1947. Mais tarde, ingressei na Juventude Comunista, novamente na clandestinidade. Com a ditadura, em 1964, mergulhei nos trabalhos de solidariedade de esquerda, mas a perseguição feita em moldes selvagens, com torturas, mortes, prisão de crianças, deixava-me apavorada pelos meus filhos, que dependiam unicamente de mim.

Decidi emigrar, saindo em uma viagem turística com eles e os tios para visitar a Argentina, o Chile e a Bolívia, à procura da possibilidade de emprego e vida estável. Fiquei com os pequenos no Chile e meus tios interromperam também a viagem para voltar ao Brasil e avisar meus pais sobre a minha decisão.

A “via chilena ao socialismo”, proposta pelo líder socialista Salvador Allende, apoiava-se na consciência histórica da população, através de luta permanente dos trabalhadores pelos seus direitos. Isso repercutia na cultura política das escolas públicas, algumas administradas de maneira comunitária com o apoio dos *centros de madres*, mas também na cultura política da classe média. Ao contrário do Brasil, a classe média chilena me parecia mais próxima da classe trabalhadora e distante da elite burguesa, que se considerava superior, como se fossem “os ingleses da América Latina”.

A sociedade chilena, que eu comparava com a brasileira, parecia mais humanizada, mais consciente dos seus valores nacionais, com uma cultura mais equilibrada e mais sólida, sem as exibições

frenéticas e frívolas que a burguesia no Brasil absorvia como modelo da modernidade estadunidense. No Chile de 1969, diferente do Brasil, pelo menos até aquele momento parecia que as Forças Armadas mantinham-se fiéis ao compromisso de honra militar na defesa da independência nacional, baseada na Constituição, e contra a interferência estrangeira. O que, no final, acabou se quebrando.

Minha condição de emigrada política

Em 1969, aluguei uma casinha em La Reina, em Santiago e, com meus três filhos, começamos a habitá-la ainda sem móveis. No início, dormíamos em sacos de dormir e cozinhávamos em uma panela elétrica. Aos poucos, criamos um lar com móveis comprados no mercado de segunda mão. Para trabalhar, deixava as crianças na escola pública com os seus “overoles” [uniformes] e contratei uma pessoa para cuidar delas durante a tarde. Era uma mulher mestiça, ou “*chola*” como diziam no Chile, no entanto, pareceu-me ter um surpreendente preconceito contra “los indios”. Era uma boa mulher, que assumiu um papel de “*ama de la casa*” com muita responsabilidade, o que me permitiu dedicar-me à minha profissão. Essa chilena prezava muito o que chamava de “rango” [status], uma categoria que determinava distâncias sociais muito sutis para definir os bairros onde se vivia ou trabalhava, ou as roupas e linguagem utilizadas. Curiosamente, fui encontrar cultura semelhante em Portugal muito mais tarde.

Com os filhos, de 7, 8 e 11 anos, nos fins de semana visitávamos os arredores em uma *citroneta* que comprei. Íamos a Las Condes, onde vivia a alta burguesia, que tinha até *llamas* domesticadas em belos jardins, e ao Cajón del Maipo, para conhecer um pouco da cordilheira dos Andes. Viajamos a caminho da costa, em Isla Negra, Algarrobo, Pomaire, onde conhecemos as cerâmicas negras, e fomos em busca de empanadas e *pastel de choclo*. Assim, íamos convivendo com o povo chileno, que foi muito acolhedor. As escolas públicas me pareciam excelentes. Lembro bastante quando ocorriam desastres

naturais, os Centros de Madres organizavam visitas dos alunos às *callampas* (favelas), para serem conhecidas as necessidades sociais de apoio às camadas mais pobres. Depois, levavam os alunos aos bairros mais ricos para recolher roupas e objetos domésticos ou reforços para as casas atingidas por terremotos.

Frequentávamos as manifestações populares de apoio a Allende contra as pressões da direita. Era interessante ver os cartazes escritos à mão pelo povo quando começaram a escassear os alimentos por causa da sabotagem provocada por empresas e transportadores: “*No tenemos harina, no tenemos arroz, no tenemos azúcar, pero tenemos SOCIALISMO!*”. Um verdadeiro curso de política que ia do primeiro ano primário, onde estava meu filho menor, até o fim da Universidade, que eu já tinha feito. Me encantava ver minhas crianças folhear o jornal chileno, que assinei para que lessem as notícias do país e pudessem conversar com os colegas.

Pela primeira vez, percebi que tinha encontrado no Chile de Allende as condições para educar e formar ideologicamente os meus filhos, mesmo sozinha. Estávamos igual ao povo, a quem falta muita coisa, mas sente-se amparado por um processo revolucionário. Enquanto isso, as notícias do Brasil, atolado na ditadura militar, eram cada vez piores e mais sangrentas. No Chile, não parávamos de receber companheiros de esquerda em fuga.

A vitória de Allende, um grande passo para a humanidade

Allende abria uma “via pacífica”, de sentido revolucionário, para a população mais pobre, sem ameaçar diretamente o sistema capitalista vigente. Era visto por alguns como “reformista” - uma afirmação que, na minha opinião, era precipitada, porque negava o efeito positivo na formação da consciência de luta solidária com a coletividade. Através da organização da produção nacional e dos trabalhadores nos sindicatos, Allende mantinha-se fiel aos princípios da dignidade do povo e do patriotismo.

A vitória de Allende convenceu o MIR (*Movimiento de Izquierda Revolucionária*) de que era possível avançar no seu próprio caminho ideológico de esquerda e contou com o trabalho árduo daqueles militantes sob a sua liderança, muitos deles oferecendo suas vidas. O programa da UP apontava para uma valiosa utopia, que estabeleceu a ligação entre a dignidade pessoal e a defesa da pátria, atraindo os que a consideraram como a meta da própria vida. Por solidariedade, voluntários entregavam seu trabalho para qualquer tarefa considerada útil. Os chilenos buscavam uma vitória histórica coletiva, às vezes, às custas da vida pessoal. A entrega de cada um era um grande passo no desenrolar de um processo revolucionário. Allende tinha a grandeza de um líder e uma sólida formação cultural, de princípios humanistas.

O apoio das Forças Armadas à tomada de posse de Allende depois das eleições foi controversa, inclusive passando pelo assassinato do general Schneider, que defendeu o direito de Allende à posse. Schneider, baseado na tradição de respeito à Constituição e no Código de Honra na Defesa da Pátria, jurado na Escola Militar, sofreu pressão de alguns colegas que partilharam com políticos de direita uma campanha midiática de mentiras, que visava quebrar a firmeza dos militares na defesa da Constituição. Enfrentou com dignidade o seu dever, apoiando a posse de Allende, mas foi morto em outubro de 1970. Quem o substituiu nas Forças Armadas foi o general Prats, que assegurou a defesa da honra militar, não interferindo na posse de Allende e tornando-se seu braço direito no governo.

Meu trabalho em Cautín: capacitação e reforma agrária

Com o apoio do grupo brasileiro que já trabalhava no Chile, ligado profissionalmente à CEPAL (Comissão Econômica para América Latina e Caribe) e ao ICIRA (Instituto de Capacitação e Investigação para Reforma Agrária), consegui um trabalho como técnica na equipe que foi a campo em Cautin. Alguns brasileiros atuantes no governo de

Jango, derrubado em 1964, estavam envolvidos nessas instituições. Era a primeira vez, depois de formada em Ciências Sociais pela Universidade de São Paulo, que o trabalho profissional que eu exercia coincidia com a minha formação ideológica, voltada para o fomento dos direitos dos trabalhadores, a sua organização na produção nacional e o combate à exploração latifundiária das elites.

A ideia que eu guardava da formação universitária era de uma fundamentação teórica aparentemente de esquerda, mas com flexibilidade para se adaptar à “camisa de força” capitalista nos países dependentes. E assim eram organizados os trabalhos a que eu tinha tido acesso profissional no Brasil, dando a impressão de que a Sociologia estaria sempre a serviço das empresas capitalistas para vender os seus produtos. Certamente, para exercer funções profissionais no sistema capitalista, deve-se ter flexibilidade para não ser afastada e punida pelo mercado de trabalho. Mas, quando fui socióloga no Chile da UP, senti que estava sendo mais coerente na minha profissão.

A reforma agrária de Eduardo Frei foi feita nos moldes da FAO. A grande novidade da reforma agrária da UP foi a criação de Conselhos Comunais Campesinos, uma organização de base para que os camponeses juntassem suas demandas nos territórios e se comunicassem diretamente com o governo popular. Nestas condições, era iniciado um processo com características revolucionárias de unidade de um proletariado rural bastante diverso, que tive a oportunidade de ver e de participar.

No ICIRA, dirigido por Solon Barraclough, norte-americano e representante da FAO, havia um ambiente de esquerda socialista e cristã que não se confundia com a social-democracia europeia, da qual o Partido Socialista chileno se afastava. A admiração popular pelo governo cubano apontava para um caminho revolucionário, que precisava enfrentar o habitual sentimento anticomunista criado pela Guerra Fria.

Aprendi a importância de combater os preconceitos que deterioravam as teorias revolucionárias e dividiam as esquerdas, disfarçados sob os laços de afeto e solidariedade. O trabalho de capacitação

para a Reforma Agrária nos colocava em diálogo permanente com camponeses chilenos e mapuches que, na pobreza, em luta pela subsistência, não se preocupavam em analisar as sutilezas teóricas de uma linguagem própria da burguesia intelectual privilegiada.

Como eu não estava integrada a nenhum partido chileno, a não ser no movimento da Unidade Popular, o meu relacionamento com colegas de trabalho e camponeses – huincas ou *mapuches* – era pessoal. Isso me permitiu conhecer algumas críticas e desconfianças deles em relação aos técnicos do ICIRA e de outras instituições que agiam em nome do governo. Havia uma tensão histórica entre indígenas e brancos, e vice-versa, que explodia em preconceitos diante de qualquer desentendimento. Mas a solidariedade política levava à superação.

Lembro-me de assistir a um encontro do MIR com os seus ativistas camponeses, em que discutiam a necessidade da preparação militar. Como estavam no período da colheita do trigo, o líder do setor indígena disse: “*Hacer la producción es también revolución. Nosotros tenemos que cosechar el trigo para tener el pan. No somos como ustedes que, si no tienen el pan, van a comer con sus padres en la ciudad*”. Fiquei impressionada com a firmeza daquele líder *mapuche* com os seus próprios companheiros.

Eu me tornei professora de camponeses e indígenas em Cautín. O modelo de aula proposto pelo ICIRA era semelhante ao ensino escolar no Chile, com mapas e gráficos de apoio. Fui dar um curso de História para camponeses de uma localidade no interior de Cautín, com a proposta de formar *Consejos Comunales*. Estudei, li o material e me muni de mapas regionais e gráficos com dados estatísticos da população.

Ao iniciar a exposição sobre a história “deles”, abri o mapa para situar aquela região e me dei conta de que estava “falando grego” e mostrando um quadro de rabiscos ininteligíveis para expor o que eles sabiam ou sentiam melhor do que eu, mas que precisava ser traduzido na sua linguagem. Interrompi para tomarmos um chá por causa do frio, conversamos descontraidamente e comecei novamente a

aula com o mapa virado no verso sobre a mesa, para que eles desenhasssem os pontos principais da região que envolvia a comunidade. Passei a perguntar como era a relação com os latifúndios, entre os trabalhadores e os pequenos agricultores, quem pagava o trabalho, quem abria a água, o papel do padre (que era amigo dos pobres, mas frequentava a casa dos latifundiários).

Discutiam entre si, traçavam caminhos, fontes de água, obstáculos naturais, terras boas e más, casas grandes, casinhas camponesas e “*rucas mapuches*”. Com o entusiasmo das discussões, foram contando a história das relações sociais, os sofrimentos, as formas de exploração, o uso da força patronal com a ajuda da Igreja e da repressão policial. Abri um gráfico de barras para indicar a população dividida em classes e as terras de cada um. Meus alunos ficaram quietos e desinteressados. Sobre a mesa redesenhei os gráficos em forma de “queijos”, como os que produziam, e eles indicaram o tamanho das fatias que, elas sim, indicavam a dimensão social e do poder sobre a terra e os trabalhadores, da maneira que entendiam.

O diretor Barraclough recolhia as avaliações feitas pelos alunos aos professores dos cursos e chamou-me para dizer que eu tinha obtido uma ótima nota, pedindo-me para explicar a razão. Eu disse que, ao contrário de ensinar a história do Chile aos camponeses e indígenas do Chile, eu tinha usado uma técnica de perguntar o que eles sabiam da realidade e adaptei os mapas e gráficos para que pudessem compreender e registrar, ou seja, a realidade conhecida por eles foi preencher os quadros propostos pela teoria.

Uma história engraçada que nos ocorreu foi que passávamos dias visitando aldeias onde os camponeses nos ofereciam, para disfarçar a fome, “*chicha de manzana con harina tostada*”. No começo estranhámos a bebida, mas com o passar dos dias passamos a gostar muito. No final de uns meses, Barraclough nos reuniu para agradecer o empenho e prometeu uma rodada de whisky. Riu muito ao ouvir da equipe em uníssono: “*pero con harina tostada!*”

Uma brasileira entre mapuches

Para evitar as distâncias sociais, eu conversava com os camponeses sobre as diferenças culturais e das classes sociais. Apresentei a eles, em linhas gerais, o povo brasileiro, seus preconceitos, seus medos de errar, suas crenças, sua escravidão. Eles falaram dos seus pensamentos e do comportamento habitual. Eu busquei desenvolver uma identidade entre professora e aluno sem peso de autoridade.

Uma vez fui procurada por um jovem *mapuche* que me levou para conhecer uma aldeia onde a comunidade indígena queria colaborar com os trabalhos da reforma agrária, mas ainda havia muitas dúvidas. Pediram-me para conversar com a “matriarca”, a chefe da aldeia. Então, fui pela primeira vez conhecer uma *machi*, ou seja, uma mulher chefe de uma comunidade indígena.

Estava acompanhada pelo jovem que fazia a tradução. Atravessamos parte da Cordilheira até chegar à casinha dela, que era uma *ruca*, com o fogo aceso dentro para aquecer. Ficamos esperando por uma hora a chegada da *machi*, que veio paramentada com as roupas de ritual e uma espécie de diadema na cabeça, um pingente na testa preso a um colar de prata, outros colares de prata com pedras da cor que identificava a sua comunidade. Ela entrou e me cumprimentou com a cabeça, ao estilo oriental, e eu fiz o mesmo. Então, começou a fazer perguntas ao meu tradutor em *mapudungum* e eu respondia. Fez perguntas como: de onde você vem? Como é o Brasil? Como são os indígenas de lá? E assim seguimos conversando.

De repente, ela levantou-se e tomou na mão um relógio que eu tinha pendurado por uma corrente no pescoço e disse em castelhano: “que lindo seu relógio”. Entendi que a necessidade de usar a tradução *mapuche* era para afirmar as diferenças culturais, exercer a sua resistência à habitual dominação colonial, resistência dela e da comunidade. Ela tinha ficado satisfeita com as respostas que eu dei. Convidou-me para almoçar com a família, filhas, genros, filhos. Um almoço gostoso de carneiro, muito bem preparado, acompanhado

de um pão delicioso feito na brasa. Sentamos e comemos, falando pouco, de vez em quando um fazia uma pergunta, um convívio mais informal.

Quando acabou o almoço, ela pediu a um neto um aparelho de rádio à bateria. Ligou na Rádio Cultura, que tocava um concerto de Vivaldi. Quando acabou o concerto, que ouvimos calados, ela me perguntou: “Quer conhecer as terras da comunidade?”. Claro que sim. Ela disse: “primeiro vou mostrar os títulos de posses da terra que temos”. Abriu um baú onde tinha uma porção de papéis amarelados, que eram os títulos.

Depois saímos ao quintal dela, que devia ter uns quatro metros quadrados, e começamos a passar por debaixo de cercas, na propriedade do vizinho por onde ela andava à vontade dizendo: “bom, hoje existem estas cercas, mas esta terra é toda nossa, como consta naqueles papéis. A nossa esperança com o presidente Allende é que ele nos restitua as propriedades que essa gente roubou”. E assim fomos, conversando e ela perguntando: “Você acredita que o Presidente Allende vai fazer isto?”, e eu respondi: “Se vai conseguir, eu não sei, mas é a intenção dele, que é um homem honesto.” Ela acrescentou, “mas ele é um *huinca*”. Eu disse: “Ele conhece a realidade do Chile, a realidade dos *mapuches*, sabe que vocês têm direitos e são tão chilenos quanto ele. Não devemos confundir-lo com os *huincas* colonizadores”.

Caminhamos para um lugar amplo, debaixo de uma árvore, onde a comunidade estava reunida. E ela fez a minha apresentação dizendo que eu era uma pessoa amiga, que merecia confiança. Mas foi uma longuíssima apresentação em *mapudumgum* e o tradutor me traduziu quase uma hora de discurso em cinco minutos. E eu nunca entendi se o *mapudumgum* usa palavras demais ou se resume para o branco. Em todo o caso, fui apresentada, todos sorriam para mim e me cumprimentavam. Fiquei benquista ali.

Por vários encontros como este com os *mapuches*, notei que faziam distinção entre os “funcionários” das instituições do governo, que apareciam com menos frequência no campo e os “técnicos militantes”, que eram subordinados. Algumas vezes me pediram para traduzir o

que diziam os “funcionários” chilenos, alegando que eu, que falava mal o castelhano, “já era mais conhecida por eles, dava palestras e sabiam que falava verdades”. Perguntavam-me simplesmente: “¿qué dijo él?”. No ICIRA, passei a ser referida como “*nosotros, mapuches que somos*”. Creio que a consciência anticolonial que tinham contra os que chamavam *huincas* era aplicada aos funcionários devido a um comportamento burguês de alguns deles, do qual me excluía por falar o idioma com erros como eles e procurar o diálogo sem doutrinação.

Uma tarde chegou uma informação de que uma estrada fora fechada por *mapuches* em uma barricada e alguns funcionários foram destacados para dialogar com eles. Pedi para ir como observadora. Chovia muito quando saímos dos carros e eu fiquei uns passos atrás da delegação, que dialogava com os *mapuches* reunidos atrás de uma cerca de troncos que cortava a estrada. Eles não eram antagonistas, mas divergiam naquele momento. Não chegavam a nenhum acordo.

Senti-me sacudida da situação de espectadora quando ouvi o dirigente mapuche propor: “diga à senhora brasileira que passe para cá, para dentro, para conversarmos com ela”. Todos olharam para mim interrogativamente. Creio que o olhar que devolvi traduzia a mesma surpresa. Mas o trabalhador acrescentou: “Ouvimos o que falou na semana passada e compreendemos. Ela explica o que vocês pretendem”. Adiantei-me, mas a delegação disse que era perigoso, porque queriam me passar sobre a cerca.

Eu disse que não havia problema, porque já conhecia alguns. Subi nos troncos e me receberam sob uma tenda. Sentaram em pedras e me ofereceram lugar para tomar um chá. Tomamos, como era habitual para iniciar uma conversa, e perguntaram o que eu achava. Disse que a delegação de funcionários havia prometido transmitir as reivindicações a Allende e que seria melhor abrir a estrada para dialogar como amigos. Agradeceram e me passaram de volta por cima da cerca, dizendo à delegação que aceitavam a proposta e abririam a estrada. Não sei se consegui explicar aos funcionários o motivo por que eles confiavam nas minhas “verdades”, como diziam aqueles “*nosotros, mapuches que somos*”.

O golpe

Na época, eu desconhecia que a CIA exercia o seu poder nas Forças Armadas chilenas, levando Pinochet a trair o seu voto de honra militar e defesa da pátria, da Constituição, e do Presidente Allende. Allende tratava Pinochet com confiança até pouco antes do golpe. Esta participação estadunidense junto aos militares chilenos foi confessada por Frank Carlucci, embaixador dos Estados Unidos em Portugal, após a Revolução dos Cravos que derrubou a ditadura Salazarista em 25 de abril de 1974.

A fidelidade do general Prats a Allende foi várias vezes demonstrada. Em 1973, teve início um movimento de indisciplina no interior do Exército, que fez um ensaio de golpe em 29 de junho, com cinco tanques para cercar Allende no Palácio de La Moneda. Prats atuou com a coragem e a determinação de um grande herói. Desceu do seu carro carregando uma metralhadora e prendeu os responsáveis, desarmando os tanques e soldados.

Na tarde do *tanquetazo*, fomos a uma inesquecível manifestação de apoio ao governo Allende, quando gritavam uma frase que depois escutei novamente em Portugal: “*Soldado, amigo, el pueblo está contigo*”. Não sabíamos que, sob fortes ameaças, o general Prats iria renunciar e Pinochet o substituiria no comando das Forças Armadas, 18 dias antes do golpe. O resultado da quebra dos princípios de Honra e Dignidade, que eram jurados pelos militares, foram os bombardeios que destroçaram uma democracia recém-nascida e mataram seu líder e muitos irmãos, junto com a esperança de um povo.

Para combater o pessimismo e a profunda tristeza diante da selvageria dos golpistas, registro algumas lembranças leves daquele momento. Com ajuda dos filhos, esvaziei a nossa casa doando livros e objetos úteis para os companheiros da Unidade Popular, que viveriam um longo período de clandestinidade. Queimei toda a documentação que poderia me comprometer na linda lareira de cobre que tinha instalado na sala. No meio da tarde, a vizinha, que

era democrata-cristã, veio delicadamente me avisar que as chamas apareciam em cima da chaminé e que eu devia diminuir a quantidade antes que os “momios” me denunciassem. Fiquei emocionada e muito grata.

Precisei de um documento de trabalho que me liberasse para sair do país. O meu nome era o segundo na lista de demissões do ICIRA posta à entrada, talvez pelo sobrenome com “B”. Falei com um funcionário democrata-cristão e ele arranjou uma maneira hábil de dizer que eu não devia nenhum trabalho. O ambiente criado por Allende no Chile alimentava o espírito fraternal da sua gente.

Quando consegui que o pai dos meus filhos viesse buscá-los, para saírem sem o meu nome, antes de fazer a minha documentação, voltei para casa e tomei uma pastilha para dormir. De madrugada, fui acordada por barulhos da buzina do meu carro e golpes nas portas e janelas da casa. Ainda com sono e de pijama, abri a porta e entraram uns 12 carabineros ficando lá fora, no jardim, um policial com uma arma enorme instalada no tronco transformado em banco no gramado, cercado de florzinhas. Fiquei em estado de choque achando que tudo era absurdo.

Aqueles autômatos abriam gavetas e viravam tudo para baixo, derrubavam roupas e objetos, parecia um bando de loucos. Vi quando um pegou a minha carteira e tirei da mão dele. Então o tenente responsável sentou-se junto à escrivaninha e me fez sentar do outro lado, talvez para eu não ver o que me roubavam. E começou a fazer perguntas: por que veio para o Chile, quem pagou esta casa, onde estão os filhos? Eu estava preparada para me fazer de idiota e respondia com ar de choro: “vim porque me separei do meu ex-marido, meu ex-marido pagou a casa, levou as crianças”... Ele viu a manha e acrescentou: “Boa pessoa, esse ex-marido”. Concordei. Nisso, um carabinero veio com um documento tirado da mesa de cabeceira. Eu gelei, sem saber o que era. O oficial leu com muita atenção e disse: “Bem, vamos falar calmamente. Como explica um documento encaixado pelo título: “*Desquite Amigável*”, com um carimbo do Ministro de Relações Exteriores, Clodomiro Almeyda?”. Este Ministro era

procurado pela polícia de Pinochet como agulha em palheiro. Deve ter pensado: “Desquite... parece suspeito.”

Lembrei que no Chile “desquite” é “vingança”, mas “amigável”...? Parecia senha clandestina. Eu tive um ataque de riso que me fez cair lágrimas. O tenente ficou sério, com raiva e eu expliquei: “é um documento de tutela dos meus filhos que o meu ex-marido assinou para eu vir para o Chile. Desquite é o termo de divórcio em português, de separação de um casal”. Aí ele se levantou apressado, gritando com os policiais para saírem logo e foi embora. Fiquei outra vez em choque. Sem querer dobrar a dose do remédio para dormir, bebi um whisky na garrafa quando deitei e, procurando pousar a garrafa no chão, pensei: e se eles voltarem? Mas, felizmente, dormi em seguida.

Heróis que deram a vida pela Pátria

O conceito de “Pátria” é amplo e complexo, abstrato e realista ao mesmo tempo. Resulta das relações com a cultura nacional, as tradições de princípios éticos, a solidariedade com o povo, a preservação das riquezas naturais e da força produtiva, o desenvolvimento mental e físico da população, a defesa da soberania e do patrimônio nacionais, a projeção da história nacional para o seu engrandecimento internacional. O sentimento que desperta é o dos mitos ancestrais relativos ao povo integrado no seu território e carregado de princípios que valorizam a cultura e formam as forças produtivas capazes de transformar as riquezas naturais e organizar as condições de vida necessários à coletividade. A “Pátria” abrange o território com suas riquezas, sua população, seu Estado, suas realizações.

Salvador Allende fez uma caminhada política de 40 anos com estes propósitos, defendendo o socialismo como modelo de vida social e econômica para tornar possível um regime democrático sem aderir à Segunda Internacional, sob liderança europeia, defensora do Imperialismo. Para manter-se dentro da História do Chile, que tinha produzido uma sociedade equilibrada e fortalecida por um nível

de consciência cultural unificadora, Allende criou laços de amizade com pessoas de diferentes ideologias, mas que convergiam para as suas metas e partilhavam os seus princípios éticos.

O general Prats escreveu, em 1974, pouco antes de ser assassinado em Buenos Aires, após o golpe de Pinochet: [afirmo] “meu respeito pela personalidade do Presidente Allende, tragicamente falecido, depois de pretender honestamente abrir um caminho diferente e controverso, em busca de um novo destino para o povo do Chile. Não compartilhei a sua ideologia marxista, mas considero-o como um dos nossos governantes mais lúcidos e ousados no século XX e, ao mesmo tempo, o mais incompreendido” (Prats, 1985). Prats, braço direito de Allende, deixou no seu testemunho em 20 de setembro de 1974: “apoei o Programa de Governo e fui vilipendiado pela minha ‘ingenuidade’ de desejar uma fórmula genuinamente política que resolvesse o trágico dilema chileno e que, ao mesmo tempo, resguardasse tanto o profissionalismo do Exército como o direito de auto-determinação nacional, frente às pressões intervencionistas” (Prats, 1985).

As Forças Armadas, que se vangloriavam com o compromisso de defesa da Pátria, sofriam uma turbulência interna naquele momento. A ação da CIA minava especialmente as estruturas militares dos Estados latino-americanos, para que dessem golpes, evitando que governos formados com a doutrina do desenvolvimentismo preconizada pela CEPAL, da soberania nacional e da industrialização, quebrassem o poder imperialista que tinha substituído o colonialismo.

As críticas aos possíveis “erros” de análise que não evitaram o golpe militar e a morte de Allende deixam de lado a confiança que havia sido construída ao longo do percurso político que o levou à Presidência, unindo personalidades de “defensores da Pátria” e forças partidárias de esquerda e cristãs, onde não se supunha a existência da “traição” e a “desonra”. O fator mais forte, capaz de anular princípios éticos e a honra pessoal, foi a presença do imperialismo através de anos, comprando consciências e degradando a formação cultural

através dos meios de comunicação, com as mentiras antirrevolucionárias da Guerra Fria em todo o mundo.

No momento da preparação do golpe, o expoente da CIA, Frank Carlucci, estava em Santiago, de onde partiu para ser Embaixador em Portugal durante os governos do período revolucionário do 25 de Abril. Eu também fui a Portugal, viver outra revolução. Carlucci desempenhou um papel importante na destruição da reforma agrária feita pelos trabalhadores do Alentejo e Ribatejo, e combateu todas as conquistas democráticas depois de ter minado as consciências inseguras que se uniram contra o Governo de Vasco Gonçalves, militar de Abril e herói nacional. O próprio Carlucci (2014), diretor da CIA, declarou ao jornal “Expresso” ter trazido equipamentos para influenciar a organização militar em Portugal como tinha feito no Chile de Allende.

Visto o papel destruidor do imperialismo, meio século depois da iniciativa patriótica de Allende e de tantos heróis populares que foram assassinados pelos militares liderados por Pinochet, que traiu a Pátria e a Honra Militar, eu não utilizaria a palavra “erro”. Allende dedicou sua vida à construção de um mundo livre, a partir da dignidade, sem mácula na defesa de uma pátria soberana. A confiança no processo revolucionário a partir do exemplo pessoal e político de Allende, reconhecido por sua honra e capacidade de ação, estimulava a luta de todos nós.

Referências

Carlucci, Franck (2014). Entrevista. Jornal Expresso, Lisboa.

Prats, Carlos (1985). Memórias. Testimonio de un soldado. Santiago: Pehuén.